

La Esfera

24 Junio 1916

Año III.—Núm. 130

ILUSTRACION MUNDIAL



LA MAJA DE LOS CLAVELES, cuadro de José Pinazo Martínez

DE LA VIDA QUE PASA
EL CORPUS GRANADINO

DESDE el amanecer, por los caminos, entre olivares y piteras chumbas, avanzan pintorescas y ruidosas las cabalgatas de la Vega.

Se oyen relinchos de caballos, querellas de coplas, «gurugurús» de pavos al hacer la rueda. Entre el revuelo de sus refajos de cotton mocitas en jamugas enseñan medias encarnadas. Frescas, recién peinadas y alegres, ofrecen, bajo los pañuelos á la cabeza, el sello mago de sus ojeras andaluzas; y en las protuberancias de sus senos, bajo los pañolillos de espuma, se entreabren capullos de pitiminí.

Con los cabestros de sus mulos á la espalda, mozos de espuela, en blusa y de sombrero ancho, los mocitos, fumando, hablan de ferias y de amor. Y, heraldos de gentil miseria, dando cañazos á los pavos, zagalillos con trazas de mendigos, sueñan en ver á la «Tarasca».

Gitanos que enternecieron á Ganivet, con sus sombreros de cañite y sus fajias rojas, vivaquean entre olivares. Morenas Esmeraldas de aretes moros dan teta á sus pequeños entre yeguas flacas, y «apañando» las mimbres para tejer cestos, gitanas viejas hacen de almorzar en anafres.

—¡Quéen ostés con Dios!

—Vaán ostés con Dios y con salú...

Al volver un recodo del camino se alza un clamor insigne. ¡Granada!

Allá enfrente, á lo lejos, en el cerro que es alameda, luce el Generalife su penacho histórico. Y en los llanos de Armilla, olorosos de juncias y habares, se escucha el himno atornador como una siembra de inefables letanías.

Se alzan hacia Granada brazos trémulos; de la oreja descuelgan los mocitos sus verdes ramas de albahaca; las mocitas se arrancan rosas del pecho; los zagales paveros, caña en mano, se quitan los sombreros arrebatadamente; suenan más vigorosos, con ardor litúrgico, gritos, relinchos, «gurugurús», y, sobre el rústico «Te Deum», con su profanidad triunfante y lírica, un poeta gañán canta el cantar de los cantares:

Quiero vivir en Granada, porque me gusta el oír la campana de la Vela cuando me voy á dormir...

Sobre Granada, no via en fiesta, Lindaraja, desde su paraíso, deja caer su globo-sol...

ooo

Ante la plazoleta de la estación, automóviles, coches y ómnibus, desplegados en batería, enfilan sus pescantes hacia el andén. Un tren

cargado de turistas, se ha detenido, jadeando. Abrense portezuelas, se oyen gritos, mezcla de «mises» flacas con mocitos de tufos y blusa azul. Rechinan carretillos con equipajes, pregones de periódicos y dulces, «yes» estoicos y ceceantes «¡Damostré un chavico!» Y á la salida, entre «cabás» y «plaid», un temerario vocear de intérpretes zumba:

- Alhambra Palas.
- Guásinton Irving.
- Siete Suelos.
- Hotel Victoria.
- Hotel Alamea.

Al traqueteo de los ómnibus, entre interjecciones cocheras y polvaredas asfixiantes, os saludan los árboles del Triunfo y veis á los soldados que, curiosamente, atisban á la puerta

del cuartel. Por las calles de San Juan de Dios y de Mesones, las tiendas, llenas de marchantes, lucen escaparates refulgentes, y desde el cierre de cristales, entre su blanco peinador, una morena granadina os acaricia, sonriendo, como un hada.

Luego, quitado el polvo del camino, hay que ir á la plaza de Bibramba, en cuyo gran cuadro ferial, sobre mástiles y entre gallardetes, están en cartelones «las carocas». Es el museo epigramático popular, la picota callejera y ática, pesadilla de concejales y politicastros.

Sobre las colgaduras del balcón ramilletes de blusas y sombreros mariposean gentilmente. Debajo de sombrillas de color manos nerviosas y enguantadas agitan abanicos aleteadores. A espaldas de la plaza, en la Catedral, suena un

repique á fiesta y á gloria. Bajo los arcos frescos, á la sombra, se apiñan los ingleses y los cortijeros; damas rubias, delgadas y solemnes, preparan sus pequeños «kodaks»; mocitas de mantón de espuma y moño bajo se arrodillan al ver los primeros estandartes...

Suenan, graves y roncacas, las músicas; salen del arco, al sol, de gala, guardias civiles, terciada la carabina y el tricorno, pendiente del barbuquejo, á la espalda; se alza un clamor de regocijo ante los gigantillos que apalean con sus vegigas, y en andas, como santa imagen, con su prestigio históricamente pintoresco, evocando los «autos sacramentales» de Vélez de Guevara y de Calderón, el rebullir de guardainfantes y la inquietud de barbas entre gorgueras de Cambray, la «Tarasca» del Corpus hace su aparición en Bibramba.

El sol la da abrazos de luz; sobre su sombrero á la última, arrojan los feriantes dulces y avellanas, y las mocitas casaderas la echan flores y ramos de juncia. Adelanta en sus andas lenta, pontificalmente mundana, compartiendo su exhibición con la Custodia, en un profano y retador «poder á poder».

Pasa la pompa arzobispal del palio, sobre el cual las devotas del señorío tiran brazadas de claveles.

Baña el sol el damasco de las casullas, la plata viva de los incensarios, el oro del fajín gobernador.

Y en el ambiente, entre el gentío arrodillado, flota olor á flores y á incienso, mientras que por el cielo de Bibramba, manso y azul y melancólico, vuelan, como un augurio, palomas y golondrinas...

CRISTÓBAL DE CASTRO



CORPUS CHRISTI

Corpus Christi, luz del mundo, que entre las manos del Alba te elevas en el Oriente como una hostia de plata.

Hostia de luz, Corpus Christi, cuando la Aurora te alza se adonan todos los campos con sus más floridas galas.

Y despiertan las alondras al canto de las campanas y un bando de go'ondrinás llega de tierras lejanas.

Se aleja la Primavera en su barca empavesada. Remeros Abril y Mayo la llevan hacia otras playas.

Y llega el príncipe Estío con su regia caravana. Heraldos son Junio y Julio. Agosto es paje, á la zaga.

Las Horas caniculares, coronadas de pancarpías, llevan ofrendas de frutos en cuernos de la abundancia.

Desfilan Flora y Pomona, en sus carrozas fantásticas, y un cortejo de caéforas y efebos las acompañan.

El sol llega á su cenit, entre nubes argentadas. Hostia en su Viril de luz, Corpus Christi en su morada.

La bendición de los campos sobre las mieses doradas

el sol derrama su fuego. Pan toca un himno en su flauta.

Van procesiones de niñas vestidas con albas galas, por los senderos floridos, llevando rosas y palmas.

Pasa la Virgen María, más bella que Venus casta, entre nubes de amorcillos celestes, con blancas alas.

Pasan todas las Virtudes, las vírgenes y las santas, rodeadas de doncellas que van tejiendo guirnaldas.

Corpus Christi, bajo palio, procesionalmente, pasa. Va en su custodia de oro, como el sol, la Hostia Sagrada.

El sol llega al Occidente entre nubes escarlata.

Corpus Christi, hostia de sangre, en el cielo se desangra.

El sacrificio de un dios que tiene un mundo por ara. Cada mundo es un altar donde un sol su luz derrama.

La Noche, sacerdotisa del Amor, al cielo alza, en custodia de luceros, á la luna, hostia de plata.

Corpus Christi, Luna y Sol, hostias de luz, consagradas. Dios vivirá mientras luzcan. Dios morirá si se apagan...

GOY DE SILVA

LA GUERRA EN EL MAR



LOS ÚLTIMOS CAÑONAZOS

El lápiz admirable de Matania, el famoso corresponsal de guerra inglés, ha compuesto, inspirándose en los relatos de los héroes de Skager Rak, la emocionante escena trágica de esta plana. Es el momento épico, de una sublimidad de estrofa homérica, en que la batería del acorazado británico, casi arrasada por el fuego enemigo, muertos ó heridos los últimos sirvientes del cañón, agota

los postreros proyectiles, antes de hundirse el buque en el seno de las revueltas aguas, glorioso en su vencimiento. La excelsa y vieja frase de Nelson, flota en el ambiente de pólvora y de vahos de sangre, y *cada hombre muere cumpliendo su deber*, poniendo nimbos de luz sobre la imperial corona de Albión, la patria amada y en peligro.



"Ofrenda á la diosa del amor", cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

OFRENDA DE AMOR

Venus, fuente de vida,
 madre de eterna juventud florida
 hecha de oro y espumas, yo consagro
 mi carne dolorida
 á tu divino cuerpo de milagro.
 Tus carnes generosas
 alzan sus transparencias luminosas
 en el plinto de piedra
 que bordan unas manos misteriosas
 con el sutil encaje de la hiedra.
 Tus ojos rutilantes
 son lejanas estrellas palpitantes,
 tu frente tiene resplandores de astro
 y son rosas fragantes
 tus levantados senos de alabastro.
 En tus venas la llama de la Vida
 arde como una hoguera
 que el Amor, al nacer, dejó encendida
 y es al aire tendida
 un camino de luz tu cabellera.
 Regia veste de encajes ambarinos

te envuelve entre sus tules
 de pliegues diamantinos
 como leves bordados cristalinos
 de los mares azules.
 Y tu encendido corazón de diosa
 de amores inflamado,
 mana el licor sagrado
 que bebe, como un agua milagrosa,
 el mundo de tu cuerpo enamorado.
 Madre inmortal nacida de las brumas
 como hija de los mares,
 yo entrego en tus magníficos altares
 florecidos de espumas,
 la ofrenda de mi vida hecha cantares.
 Porque eres vida y fuerza. Y son tus risas
 como trémulas brisas
 de fecundos aromas,
 que poblarán los huertos de palomas
 y el cielo de sonrisas.
 En la sublime hoguera
 de tus radiosos pies dejo mi escudo,

para absorber la luz que reverbera
 la divina cantera
 de tu cuerpo desnudo.
 Porque es fulgor de sol la lumbre clara
 de tus ojos radiantes,
 porque es de sol tu cara
 y son de luz tus senos palpitantes,
 y tus pies luminosos son un ara.

Venus, musa encendida
 en las hogueras del amor, si quieres
 que la tierra y la vida
 tengan eterna juventud florida,
 toca en la frente á todas las mujeres.
 Al calor de tus manos milagrosas
 nacerán nuevas rosas
 en todos los rosales,
 y entonarán un himno las esposas
 y besarán los labios virginales.

LA ESFERA

LOS REYES EN EL HIPÓDROMO



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA EN LAS CARRERAS DE CABALLOS,
DE MADRID

Fot. Campúa



EL HOMBRE DE CAMPO

ALGUNAS veces arriba á la ciudad uno de esos hombres recios, como de bronce ó de granito, que viven en el campo, en un villorrio, mísero quizás, ajenos con singular estoicismo al vértigo, resplandor y molicie de las grandes capitales.

La presencia de este pueblerino en nuestras encrucijadas no constituye, ciertamente, un acontecimiento, pero sí un á modo de sugestivo alarde de independencia. Ataviado con las ropas características de la región donde naciera; rudo, tosco, bravo, comienza por proclamar que en su rincón vive tan ricamente, y que su espíritu, inadaptable á las almibaradas traperías y artificios de los hombres de la ciudad, es, ante todo, cosa propia que ni venderá nunca ni desvirtuará por añagazas de la evolución. Así se le ve caminar, ni enfatuado por lo que en su pecho conserva de saludablemente rústico, ni amilanado tampoco por lo que le falta. En la

capital es un forastero cuya indumentaria, pintoresca á veces, promueve una disonancia ó una belleza en el fondo, harto incoloro, por uniforme, del genio trajeado á la moda de fuera; pero este forastero, escapado, al parecer, de uno de esos cuadros que ahora con más pertinacia que personalidad se pintan, dijérase que vino al entretenido infierno de la urbe, no á curarse una dolencia desconocida del médico rural ó á liquidar un negocijo de pesetas, sino á darnos una lección.

A darnos una lección á nosotros, los señoritos blandengues y frágiles, que sólo sonreímos á fuerza de glicerosfosatos; á nosotros, víctimas del sastre, de la letra impresa, de la achicoria y del cobrador de arbitrios más ó menos indirectos; á nosotros, dramas vivientes dentro de un traje de americana, siervos de la neurastenia propia, de la neurosis del amigo y del histerismo de la mujer...

Nada de esto «se lleva» por el apartado rincencillo español, donde nuestro huésped gladia á su modo con la vida acarreado leña ó agua, trabajando la tierra, ejerciendo un menester humilde que le permite ir aplazando sin grandes complicaciones el momento de rendirse á los gusanos, como cada hijo de Dios.

Maduro ó decrepito, pero inconmovible, curtido por el sol y los cierzos, el hombre del campo nos visita de vez en vez con el tesoro de su salud moral.

Nosotros, los ciudadanos, solemos reirnos de él, pero nuestro rústico sabe que la burla ni mata ni rinde. Cuando solvente sus asuntos, tornará á la aldea, sin melancolía, sin pesar alguno, blandiendo como una espada victoriosa, su conformidad...

E. RAMÍREZ ANGEL

FOTOGRAFÍA DE SOL

RETABLO DE PÍCAROS



*Soy juglar de feria, humilde trovero
que va por lugares y por romerías,
recitando trovas de su cancionero
hecho con las flores de las picardías.*

*Para mí la vida es cosa sencilla,
vivo de mí mismo repleto y gozoso,
y paseo en triunfo por toda Castilla,
desde Talavera hasta el Tomelloso.*

*Amor he gustado por esos caminos
adorando á mozas de burdos sayales,
y he cantado loas y mil desatinos
entre los festivos cortejos nupciales.*

*A mí son llegadas mozas de la sierra
para que las sane su mal de palores,
y con estos labios—gusanos de tierra—
he puesto en sus rostros joyeles de amores.*

*Me inicié en las artes de barraganías
escuchando cuentos por esos mesones,
oyendo á terceras de las mancebías,
dándome puñadas con los bravucones.*

*Costóme un requiebro á cierta ventera
por que el mesonero se creyó burlado,
sentir como un zarpo su puñada fiera
y mirarme el rostro todo ensangrentado,
amén de dos muelas, que un revés certero
incrústó vecinas á mi pobre nuca...*

*¡Por como pegaba á prisa el ventero
debieron tratarle los Vargas Machuca!*

*Esta aventurilla púsome en pecado
de andar errabundo por las carreteras,
entre cuadrilleros de rostro alargado,
famosos doctores del mal de galeras.*

*En ellas, maestro de robo y atraco,
nadie aventajóme á hurtar un bo sillo,
toda la gallofa proclamóme Caco...
¡Honor no alcanzado ni por Cortadillo!*

*Sali de prisiones, cambié de destino,
cambiando el carácter de burdo en austero,
y fui por entonces un buen peregrino
que «El Santo» llamaban por lo milagrero.*

*Troqué luego el sayo por esta alegría
que entre cascabeles dentro me retoza,
y hui una mañana de cierta alquería
llevándome juntos la mula y la moza.*

*Y como la suerte me quiso trovero,
recorro lugares, ventas, romerías,
recitando trovas de mi cancionero
hecho con las flores de las picardías.*

DIBUJO DE BARTOLOZZI

Luis DE CASTRO



Las ermitas de Córdoba

PARA sentir la inmensa emoción de los cementerios, de las catedrales y de los viejos conventos, es indispensable colocarse en una particular disposición espiritual: necesitamos olvidarnos completamente, renunciar á nuestros rencores, á nuestras ambiciones, á todos nuestros deseos, en fin; nuestros pobres deseos, minúsculos y efímeros, como la misma carne deleznable que los alimenta. El turista debe, en esos momentos, acercarse lo más posible á Kémpis: considerar que venimos del silencio de la tierra, y en brevísimo plazo al ingente silencio de la tierra hemos de tornar; que nuestros cuerpos son livianos como sombras, y que, inexorablemente, llegará una mañana que no hemos de ver. ¡Oh, dolor!... ¡Pensar que un

día seremos polvo, seremos camino, y que la humanidad marchará sobre nosotros y no sabrá que estamos allí!...

Una mañana de invierno llegamos á la famosa «Coigregación de Ermitaños», de Córdoba, situada en las primeras estribaciones de la sierra y como á cuatro kilómetros de la capital. Es medio día, y varios mendigos, todos varones—las hembras fueron excluidas de allí; la hembra es el Diablo—esperan la hora conventual de «la sopa». Un cenobita, el hermano Mateo de Jesús Sacramentado, sale á recibirnos.

—Deseábamos visitar las ermitas...

—Bien.

Nuestro inesperado arribo le deja impasible: no le contraría, tampoco le alegra. Ni una son-

risa en sus labios pálidos, ni un relámpago de emoción en sus ojos, ni una inquietud en las hondas arrugas de su frente riberesca, obscura, pequeña y fanática.

Para hablar con nosotros, el hermano Mateo ha escondido sus manos amarillas en las mangas de su hábito. Es de mediana estatura, y lleva las barbas descuidadas y crecidas; calza rústicas botas de cuero y cubre su cabeza un gorro de estameña. El traje, también de estameña parda, tiene el color de la tierra, la tristeza del barro. La voz del religioso es dulce, reposada, distraída, humilde; una voz que parece estar de rodillas... Cerca de la puerta atrae nuestra atención una calavera colocada en un casilicio abierto en el muro, á la intemperie.

—¿A quién perteneció ese cráneo, hermano? —preguntamos.

El solitario ni siquiera se digna acompañar con la mirada nuestro movimiento. Nuestra curiosidad ha debido parecerle profana y trivial. A quien, como él, solo medita en la Eternidad, ¿qué puede importarle el nombre de las cosas?

—No lo sé—responde.

Agregamos:

—Cuando usted vino aquí, ¿ya estaba esa calavera en donde la vemos?

—Sí. Según lo que me han dicho, debe de hallarse ahí hace más de cien años.

El cenobita calla, cual si su pensamiento, de pronto, se hubiese hundido en la tiniebla y riguroso silencio de su alma, y camina delante de nosotros, el rostro inclinado hacia el suelo: para los místicos, la fosa común, el lecho de todos, no empieza en la Muerte sino en la Vida. Un momento hemos visto asomadas á un muro un grupo de rosas, bermejas y encendidas como labios. Ciega el sol y hay, á ras de tierra, entre la hierba, un zumbar de insectos. Inmediatamente, sin transición, el escenario se oscurece. Avanzamos por un mezquino caminar abierto entre dos líneas de cipreses, añosos y enigmáticos, que parecen rezar; y sus sombras, que cruzan la ruta, dan la impresión de una serie de fosas paralelas, como si la Muerte hubiese pasado su arado por allí...

Al término de la calleja, abre sus brazos una cruz. En el basamento, dentro de una hornacina defendida por una reja, una calavera dirige hacia nosotros el pavor de sus cuencas vacías. Bajo ella habla una lápida, y sus palabras son como la voz del cráneo: las oímos, nos punzan los ojos, corren como viscosas arañas sobre nuestra piel...

«Como te ves, yo me ví; como me ves, te verás. ¡Todo para en esto aquí! Piénsalo, y no pecarás.»

Los versos, aunque medianos, llegan al corazón; tal es la fuerza y la amargura de su sentencia. ¡Oh, qué dominador, qué inexorable, el imperio de ese cráneo que, precisamente porque ya no ve, todo lo ha visto!... Nuestros pies se detienen; diríase que, un instante, la tierra tiró de ellos con una fuerza que no era la de la gravedad:

«Como te ves, yo me ví; como me ves, te verás...»

De nuevo el mordiente deseo de saber, de escudriñar, de asomarnos al abismo de lo eternamente mudo, se enciende en nosotros.

—¿De quién sería esa calavera, hermano?

Los hombros del hermano Mateo se alzan con un leve ademán de desdén.

—De un religioso—dice.

—¿No sabe usted cómo se llamó?

—¿Y quién sabe eso?... ¿Ni qué importa?... ¡Uño!...

Enfrentamos el cementerio, «la orilla» del perdurable silencio y de la eterna sombra. Es un jardínillo, al fondo del cual hay doce nichos: doce nichos sin inscripciones, blancos, justicieramente iguales y mudos. Todos, menos uno, estaban ocupados. Cuando éste se llene también, abrirán el primero, el que lleva más años cerrados, y los

restos en él contenidos irán al osario. Veinte años, por término medio, tarda la muerte en dar esta vuelta. ¿Qué elegía, qué canto litúrgico, qué monumento funerario, igualaría la expresión de ese camposanto donde todo es tierra, de ese camposanto donde no hay vanidad?...

Inalterable, ecuánime, el hermano Mateo mira las tumbas como quien mira un lecho: con voluptuosidad, con sueño... y sigue adelante.

Al salir de la iglesia, dispuesta en forma de cruz latina, recorremos un sendero que, ora sube, ora baja, según los caprichos de la montaña. Abundan los naranjos, los almendros, los algarrobos, los ciruelos, las higueras nopales; pero, no obstante, se comprende que la tierra no es fértil.

Cada ermitaño ocupa una ermita, que se acompaña de un huertecillo junto á cuya puerta de entrada hállase el torno por donde el cenobita recibe la comida. Estas viviendas, todas de planta baja y muros espesos, constan de tres habitaciones pulcramente encaladas y adornadas con cromos piadosos: una de ellas sirve de dormitorio, la segunda de cocina, la última de taller; para trabajar hay un taburete, y para dormir una tarima con dos mantas. Aquellas paredes tienen la melancolía de un libro de oraciones; su recogimiento inspira deseos de suspirar, de prosternarse ó de huir. Tristes como nichos, esas ermitas que levantaron la fé y el egoísmo de salvarse, esas ermitas llenas de reposo y de unción, donde la Vida, inmovilizándose, hizo Muerte, parecen ponerle á la Nada un prólogo blanco.

El hermano Mateo camina á nuestro lado, y nos explica el empleo de sus días. La frecuen-

cia con que se interrumpe prueba que su espíritu perdió en la soledad la costumbre y el gusto de hablar.

—Somos—dice—diez y ocho ermitaños, y únicamente nos reunimos á la hora de misa; los demás ejercicios espirituales los realizamos solos.

Con voz monótona—voz de rezo—prosigue:

—Nuestra vida comienza á las dos de la madrugada. Suena la campana de la iglesia, y nosotros respondemos á su alerta haciendo vol- tear la campanilla que hay, dentro de una espadaña, sobre cada ermita. A esa hora celebramos los oficios de la Virgen, tenemos maitines y laude, un rato de oración mental y la primera parte del Santísimo Rosario. A las cuatro volvemos á acostarnos, para levantarnos á las seis, á rezar de nuevo, oír misa y recibir la Comunión. Luego trabajamos en lo que el Hermano Mayor disponga. A las diez y media tenemos la segunda parte del Santísimo Rosario, y á las dos de la tarde vísperas y media hora de lectura. La labor en el campo continúa de tres á cinco. A esa hora, tercera parte del Santísimo Rosario, lectura y oración mental. A las nueve, antes de dormirnos, hacemos examen de conciencia.

El hermano Mateo habla sin levantar los ojos del suelo.

—Tres veces á la semana—dice—los lunes, miércoles y viernes, por la tarde, nos azotamos mientras cantamos el «Miserere mei». Media hora dura el suplicio. El almuerzo de la Congregación lo preparan en casa del señor Capellán y del Hermano Mayor, y nos lo sirven por un torno; pero nuestra colación de la noche, la preparamos nosotros mismos.

Hemos descansado un buen rato en la mag-

rífica terraza llamada Sillón del Obispo, por ser allí á donde, muchas tardes, el famoso filósofo Fray Ceferino González iba á meditar; y ante el soberbio paisaje cordobés anegado en luz, y bajo la consideración de los infinitos días, anteriores á nosotros, que no vimos, y de los infinitos, también, que no veremos, las supremas preguntas: «¿Por qué nacimos? ¿Por qué hemos de morir?...» suben á nuestros labios semejantes á una espuma de angustia.

La campana de la iglesia dice que son las doce, y que la hora de repartir á los mendigos su colación ha llegado. Nos levantamos para irnos, y nuestro guía vuelve á marchar delante de nosotros, á paso lento, las manos perdidas en la amplitud de las bocamangas monacales. Otra vez avanzamos bajo la obscuridad de los cipreses, y de nuevo sus sombras nos parecen fosas que cortasen el camino; otra vez el ánimo sufre la impresión de aquellas calaveras...

Largo rato, la imagen del hermano Mateo sigue á nuestro lado. Sus frases de renunciación, de ascetismo, han dejado en nuestros huesos una frialdad de sótano. Evidentemente, ese hombre no teme morir. Pero, ¿será que no teme á la Muerte precisamente porque teme á la Vida?...

Mucho tiempo, por el camino lleno de sol y de cantos de pájaros, el silencio abismal de las ermitas nos acompaña.

EDUARDO ZAMACOIS



Ermitaño en oración

FOTS. SOL

CUENTOS DE LA GUERRA

EL EMPLEADO DEL COCHE-CAMA

A las once de la noche, en el expreso París-Roma, el empleado procede á la operación de convertir en lechos el asiento y el respaldo del departamento que ocupó.

Mientras golpea colchonetas, y despliega sábanas, empieza á hablar con la verbosidad de un hombre condenado á largos silencios. Es un expansivo que necesita emitir sus ideas y sus preocupaciones. Si yo no estuviese de pie en la puerta, hablaría con las almohadas que introduce á sacudidas en unas fundas nuevas, sosteniendo su extremo entre los dientes.

—Triste guerra, señor—dice con la boca llena de lienzo—. ¡Ay, cuándo terminará! Mi hijo..., mi pobre hijo...

Es más viejo que los empleados de antes: tiene el aire del *steward* abrochado hasta el mentón, que acudía en tiempo de paz al sonido del timbre, con un aire de *gentleman* venido á menos, de Ruy Blas, que guarda su secreto. Más bien parece un obrero disfrazado con el uniforme de color castaña. Es robusto, cuadrado, con las manos rudas y el bigote

canoso. Habla con familiaridad; se ve que no le costaría ningún esfuerzo estrechar la diestra de los viajeros. Su hijo ha muerto; su yerno ha muerto; los dos eran empleados en «la compañía» y los señores de la dirección le han dado una plaza para que mantenga á sus nietos. El personal escasea: además él conoce el italiano por haber trabajado algún tiempo en un arsenal de Génova. «Yo era antes torneador de hierro —dice con cierto orgullo—, obrero consciente y sindicado».

Una leve contracción de su bigote, que equivale á una sonrisa amarga, parece subrayar este recuerdo del pasado. ¡Qué de transformaciones! Luego el viejo socialista añade á guisa de consuelo:

—Hay que tomar el tiempo como se presenta. Algunos «camaradas» son ahora ministros en compañía de los burgueses, para servir al país. Yo hago la cama á los ricos para que coma mi familia... ¡Ay, mi hijo!

Adivino su deseo de echar mano á la cartera que lleva sobre el pecho para extraer cierto pliego mugriento y rugoso. Ya me leyó dos páginas media hora después de haber subido al vagón. Es la última carta de su hijo enviada desde las trincheras. Conozco igualmente la historia del muerto: un mozo esbelto, de rubio bigote y finos ademanes que atraía las miradas de las viajeras solas, haciéndolas reconocer la injusticia de la suerte que reparte sus bienes sobre la tierra, con escandalosa desigualdad. Le hirieron en Charleroi y curó á los quince días; luego volvieron á herirle en el Yser y pasó dos meses en cama; finalmente lo alcanzó un obús en un combate sin nombre, en una de las mil acciones oscuras por la posesión de unos cuantos metros de zanja. El padre consiguió verlo, una sola vez, en un hospital de París. En realidad no lo vió, pues sólo tuvo ante sus ojos una bola de algodones y vendajes sobre una almohada; un fajamiento de momia del que partían ronquidos de dolor y una mirada vidriosa y resignada.

—Le habrían destrozado la mandíbula, señor; no podía hablar. El cráneo también lo tenía roto... Y ya no le ví más. Ahora lo tengo en un cementerio cerca de París y voy á visitarle siempre que estoy libre de servicio.

No llora, no puede llorar. Su dolor en vez de escaparse á través de los ojos, se esparce por el cerebro, corre entre las cordilleras de los lóbulos, se desliza como humo de suave locura por las revueltas callejuelas de sus anfractuosidades. Empieza á mostrar la pesadez del maniático, hablando á todos del muerto; ve el universo entero á través de su hijo.

A pesar de esto se da cuenta de que yo deseo dormir y deja para el día siguiente la repetición de su historia, siempre nueva é interesante para él. «¡Buenas noches!» Media hora después, tendido en la obscuridad, oigo en el inmediato pasillo su voz que domina el chirrido de los ejes, la melopea de oleaje costero que lanzan las ruedas, los saltos crujientes del vagón, iguales á los de un camarote de trasatlántico. Habla con unos oficiales ingleses que van á embarcarse en Brindis; les lee la última carta de esperanza. Los cortos espacios de silencio traen hasta mí, caprichosamente, algunos renglones, como pedazos de papel arrastrados por el huracán: «Papá: cuando termine la guerra...»

□□□

Alguien ha anonadado con su presencia á los que ocupamos el resto del vagón. Los oficiales ingleses con todas las condecoraciones que adornan sus pechos y su tez curtida por el sol de exóticas campañas, no existen: unas condesas italianas que han de bajar en Turín y ostentan coronas en los forros de sus maletas, quedan como aplastadas en su compartimiento: yo doy gracias humildemente al igualitario progreso de los tiempos actuales que me permite dormir separado por un tabique de madera de la persona que descansa en la pieza inmediata.

Dos señoras vestidas de negro han subido en París. Un grupo de hombres ha permanecido en el andén hasta el último instante mirándolas con mudo respeto: unos en traje civil, de sobria elegancia, esbeltos, bien afeitados, con un monóculo bajo la ceja arqueada, secretarios y agregados de la embajada británica; otros con uniforme de marino, pero uniforme de batalla, sin faldones, sin dorados, apoyándose en un bastoncillo de paseo, ostentando en la visera de la gorra el reborde de laureles que distingue á los jefes superiores.

Circula por el vagón el nombre de una de las viajeras. Es una duquesa de la corte de Inglaterra, una amiga de la difunta reina Victoria, cincuenta años de historial británico encerrados en un cuerpo que debió ser hermoso y ahora aparece algo hinchado por la edad y plebeyamente enrojecido. Una corona de cabellos blancos suaviza la tez subida de color: los ojos son los únicos que conservan en su majestuoso azul el reflejo de la pasada gloria. Lleva un gorrito albo y encañonado debajo del luengo velo de luto. Su acompañante es más alta, más estirada, menos accesible, como si recogiese en su enjuta persona de dama de compañía todo el orgullo y la altivez de que se despoja la señora. La duquesa sonrío ante la solicitud demasiado expansiva del empleado del vagón, mientras la honorable doméstica la acoge con un gesto duro y frío.

Antes de dormirme, desfilan por mi memoria los recuerdos que guardo de esta anciana célebre, que está tendida á cincuenta centímetros de mi cuerpo. La veo como la ví muchas veces en los grabados de las ilustraciones inglesas, con su diadema de brillantes y el pecho constelado de joyas y condecoraciones, asistiendo á las fiestas de su regia amiga, á sus jubileos de estrépito universal, á las coronaciones de su hijo y de su nieto. Es pareira no sé cuántas veces. Posee en Londres calles enteras; vastos parques donde corre el zorro perseguido por un tropel de jinetes de casaca roja que galopan entre rugidos de trompas; castillos en Escocia, al borde de lagos verdes que hacen recordar las novelas de Walter Scott; vastas posesiones en Irlanda que sirvieron algunas veces de nocturno escenario á las hazañas de los fenianos de negro antifaz. Su primer marido fué virrey de las Indias y ella recibió el homenaje de las muche-



dumbres pálidas y misteriosas, en lo alto de un elefante blanco, dentro de un templete de filigrana de oro semejante á un reliquiario. Su segundo esposo presidió ministerios y arregló los destinos del planeta hablando hasta media noche en la Cámara de los Comunes ante los hombres que simbolizan la majestad de Inglaterra con el sombrero calado y los pies en el respaldo del banco anterior. Dos lores discípulos de Jorge Brumell, murieron por ella. Uno se pegó un tiro teniendo ante su boca un pañuelo de blondas, lo único que había conseguido de la gentil duquesa. Otro, desesperado, se hizo pastor metodista y fué á evangelizar ciertas islas de Océanía, donde su primer sermón terminó en hoguera y festín de caníbales. Esta dama, empequeñecida por los años, gorda, y de mejillas rojas y brillantes como manzanas, ha cazado el tigre en Asia, el hipopótamo y el león en Africa, tiene un *yatch* que es casi un trasatlántico, en el que ha vivido años enteros, y no encuentra en toda la superficie del globo, un lugar que tiene su curiosidad.

Antes de partir el tren, el empleado del vagón sabía ya el motivo del que ha arrancado á la duquesa de su castillo, cerca de Londres, haciéndola atravesar París de estación á estación.

—Va á Brindis—me ha dicho—para recibir el cadáver de su nieto, un aviador que acaba de morir en los Dardanelos.

ooo

Algo entrada la mañana salgo al pasillo. Los vidrios de las ventanas están opacos á causa del frío exterior. Por los regueros que traza el vaho al licuarse, se ven montañas altísimas y blancas, bosques de hayas encaperuzadas de algodón, caseríos que tienen gruesos planos de nieve sobre las vertientes de sus tejados. Estamos atravesando la Saboya francesa; subimos, con bruscas alternativas de lobreguez de túnel y picante luz de nieve, las laderas de los Alpes. Nos aproximamos á Italia.

El viejo habla con la dama de compañía, que parece humanizada por la emoción. Tiene aún en la mano la carta mugrienta y trágica que acaba de leer, una vez más.

Cuando vuelvo de tomar el desayuno en el vagón-restaurant, le encuentro solo. Me habla de la gran dama que ocupa todo un departamento y de su acompañante que viaja con tanto desahogo como la señora. ¡El dinero que debe tener esta duquesa!... Y sin embargo sufre lo mismo que él: más aún tal vez. El tiene su hija, los hijos de su hija, y los tres niños que ha dejado el héroe oscuro cuya carta lee á todos. La gran señora no tiene á nadie en la tierra. Su nieto era el único heredero de su nombre y su fortuna. Las parias, los millones van á pasar á lejanos parientes.

Me señala una gran caja de cartón que ocupa derecha todo el espacio entre dos puertas. La ha entreabierto pocos antes la dama de compañía. Contiene una corona que cubrirá en Brindis el féretro del aviador al ser descendido á tierra.

—¡Una maravilla!—dice—. La ha comprado en Londres esa señora alta y enjuta. Hay en ella palmas y flores, muchas flores que parecen de verdad. Se podría adornar con ellas un centenar de sombreros de precio.

El antiguo obrero «consciente» reaparece á través de esta admiración.

—¡Ah, el dinero!... Hasta en la muerte nos separa. ¡Y pensar que cuando yo visito á mi pobrecito hijo sólo puedo llevarle ramos de violetas de á diez céntimos!...

Veo á la duquesa al pasar ante la puerta de su camarote. Está erguida en su asiento, con la capota blanca y negra, el velo en la espalda, enguantada, rígida, lo mismo que la ví en la noche anterior, como si no hubiese dormido. Contempla el nevado paisaje que pasa veloz por las ventanillas; pero su pensamiento se halla lejos.

Me entrego á la lectura y de pronto me distrae un rumor de voces en el departamento inmediato. Es el empleado que habla y la duquesa que habla igualmente. Adivino fragmentos de la carta del pobre muerto: «Confianza, papá. Aún quedan para nosotros días felices...» La curiosidad me hace transitar por el pasillo. El viejo está de pie, con la gorra puesta, como corres-

nosotros, señora, que no servimos para nada».

Vuelvo á pasar ante la puerta abierta. El viejo se ha sentado junto á la gran dama que llora en silencio. Sus manazas toman instintivamente, sin saber lo que hacen, la diestra enguantada y fina, oprimiéndola cariñosamente.

—¡Ah, señora duquesa!...

La voz suena respetuosa y tímida, pero sus manos y sus ojos son confianzudos y tiernos. Habla con ella lo mismo que si fuese una comadre llorosa de su barrio, abrumada por una noticia fatal. Decididamente la guerra ha trastornado todas las organizaciones. Los socialistas son ministros y los viejos obreros revolucionarios acarician las manos de las duquesas que lloran. Nos aproximamos á la frontera italiana. Veo el chamberguito con pluma de gallo y el ferreruelo gris de los cazadores alpinos. El tren refrena su marcha ante las primeras casas de la estación de Modane. Vamos á cambiar de vagón. El empleado con un esfuerzo doloroso vuelve á la realidad y corre de un lado á otro para devolver sus billetes á los pasajeros. Yo le doy cinco francos. «Muchas gracias.» Y me abandona, sin bajar siquiera las maletas que están en la cornisa de red. Los oficiales británicos no le dan nada. El inglés supone que cada hombre recibe la recompensa de su trabajo y no quiere ofenderle con una limosna llamada propina. Las condesas de las múltiples coronas le entregan con gesto teatral una pieza de dos liras y él se la guarda sin mirarla. Toda su atención está concentrada en el servicio de la duquesa. Llama á los mozos de la estación, les va pasando los bultos del equipaje, desciende al muelle para vigilar cómo los apilan en una carretilla. La gran señora se aproxima para decirle adiós y él le estrecha la mano, ante los ojos escandalizados de la acompañante.

Algo siente entre sus dedos que le estremece y le hace mirar. La duquesa conoce la parsimonia de su dama encargada de los pequeños desembolsos y es ella la que da la propina. ¡Cien francos!... El viejo duda ante el billete; ve á los nietos, ve á su hija que trabaja del amanecer á media noche, pero luego lo rechaza.

—¡Ah, no, señora duquesa!

El es de su mundo y su mundo tiene reglas de hidalguía y buena educación como cualquiera otro. A nosotros pueden tomarnos el dinero; somos extranjeros que pasan indiferentes junto á su persona. Pero es incapaz de aceptar un céntimo por servir á un camarada, á un amigo con el que ha chocado el vaso. Y él ha bebido con la gran señora; han saboreado juntos el vino de la tristeza y del consuelo, han tocado sus copas rebosantes de dolor. Adivina ella estos sentimientos confusos con su delicadeza de alta dama y no insiste, volviendo á guardarse el billete. Habla en inglés, y su acompañante, con visible molestia, toma de la carretilla una gran caja de cartón, la corona admirada, y se la entrega al viejo.

—Para su hijo; para la tumba del héroe.

Y se aleja majestuosa á pesar de su ancianidad, marchando por el andén como si fuese una galería de la corte.

El empleado queda al pie del vagón, con los brazos ocupados por la caja, sufriendo la vergüenza de no poder ocultar sus lágrimas, que se deslizan hasta el duro bigote.

—¡Señora duquesa!... ¡Ah, señora duquesa!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

DIBUJOS DE RIBAS



CUADROS VIVOS EN EL TEATRO ESPAÑOL



Grupo de figuras de porcelana, representado por varios jóvenes aristócratas

DURANTE mucho tiempo perdurará el recuerdo de la admirable fiesta de arte organizada por la Marquesa de la Mina con benéfico objeto. Hace falta poseer una gran cultura artística para abordar empresa tan ardua como la reproducción de esas viejas tablas en que los primitivos flamencos pusieron el sello de su genio; mas la ilustre dama, secundada por un artista tan culto como el insigne Moreno Carbonero, ha sabido salir airosa de la empresa.

Gran parte del éxito débese también a la belleza, la inteligencia y la gracia de sus juveniles colaboradoras. Así, en la famosa tabla de Hans Menling *La Adoración de los Reyes*, la hermosura ideal de la señorita de Pérez de Guzmán, hija de los Duques de T'Serclaes, prestóse á maravilla para la reproducción de la Virgen pintada por el célebre artista y la riqueza con que vistieron los demás personajes la Duquesita de Algete y la señorita de Santo Mauro y los jóvenes Jaime Martínez del Río, José Moreno Carbonero, Manolo Escandón y Marqués de Moratalla, completó el artístico conjunto.

Otro tríptico—acaso inspirado en el célebre de Fray Angélico—*La Anunciación*, tuvo por intérpretes de la Virgen y el Ángel á dos bellidades aristocráticas, recién puestas de largo, las señoritas de Baztán y de Cayo del Rey, figurando á ambos lados como donantes ricamente vestidos, Paloma y Manolo Falcó, resultando también un gran acierto de composición y colorido.

Por último, en el cuadro *La Virgen de los Angeles*, Moreno Carbonero hizo destacar sobre un alto pedestal do-

rado, otra belleza incomparable, la Srta. Isabel Villavicencio, hija de la Marquesa de Castrillo, á la que rodeaban seis ángeles, que eran las preciosas Srtas. de Viana, Camarasa, Muguero, Icaza, Crecente y duquesita de Algete. Este cuadro, que tenía á ambos lados unas inscripciones góticas sobre fondo de oro, era una maravilla de entonación, pues las túnicas de los ángeles eran de gasas, cuyos tonos pálidos formaban una gradación perfecta.

□□□

A esta primera parte de pintura religiosa, siguió la reproducción de porcelanas blancas del Retiro. Nada más gracioso que aquellas lindas figuritas que parecían haber roto el cristal de una vitrina para trasladarse á la escena del Español y destacar su blancura del fondo de paños negros hábilmente combinados.

Eran ocho las figuras que se descompusieron en variadas combinaciones: unas veces reclinadas en el suelo que adornan guirnaldas de blancas flores, con un libro abierto entre las manos, mientras las restantes se agrupan en torno, pulsando instrumentos pastoriles; otras rodeando alto jarrón de porcelana blanca, como los que adornan los regios jardines de Aranjuez y de La Granja, y siempre graciosos y elegantes como las Marquesitas y los Príncipes del Trianón.

Estas ocho figuras eran: las Srtas. Blanca Casa-Torres, Casilda Camarasa, Eulalia Santo Domingo é Inés Santa Cristina, y los jóvenes Carlos Beistegui, José Sartorius, José Falcó y Armando Propper.

□□□

La Entrada de Don Quijote en casa de los Duques, fué el pasaje del libro inmortal de Cervantes, elegido para el último cuadro por el genial artista Moreno Carbonero.

No puede darse nada más artístico que la agrupación de las figuras en un fondo de tapices y muebles auténticos de la época.

Como puede verse en el grabado adjunto, la figura del ingenioso hidalgo, maravillosamente encarnada por el Conde de la Mejorada, hijo de los Marqueses de Portago, aparece en el sillón fraileiro, *seco, alto, tendido*, tal y como nos lo describe el glorioso manco; Sancho Panza, muy bien caracterizado por el joven Osuna, hijo de la Condesa de Vistaflores, está de espaldas al espectador en actitud grotesca y á su lado una dueña que pudiera ser la famosa doña Rodríguez de Grijalba, á quien agraviara el



Una escena del "Quijote".—Cuadro compuesto por la Vizcondesa de Peñafanes, Paloma Falcó, Gabriela de Alcázar, Carmen Icaza, Catalina H. de Amézaga, Rosario Agrela, Conde de la Mejorada, Joaquín Osuna, Marqués de Moratalla, Eduardo Trevereda, Agustín Figueroa, Manuel y José Falcó y Justo S. Miguel



La Virgen de los Angeles.—Cuadro representado por la Duquesa de Algete, María del Alcázar, Isabel F. de Villavicencio, Carmen Saavedra, María Teresa Muguero, Carmen Icaza y María F. de Henestrosa



La adoración de los Reyes.—Cuadro representado por la Duquesa de Algete, Blanca Pérez de Guzmán, María F. de Henestrosa, Jaime Martínez del Río, José Moreno Carbonero, Manuel Escandón y Marqués de Moratalla

gracioso escudero, si la Srta. Carmen Icaza—hija del antiguo Ministro de Méjico en Madrid—no hubiera hecho resaltar su belleza bajo el negro tocado.

Enfrente, el Duque y la Duquesa (Paloma y Manolo Falcó), contemplan con señoril continente la escena en que las doncellas descalzan las espuelas á Don Quijote. La doncella que arrodillada ante el Caballero de la Triste Figura, desempeña su cometido, es la gentil señorita de Crecente, y las que apoyadas en la mesa, pugnan en vano por contener la risa, son la encantadora Vizcondesa de Fefiñanes y la preciosa Rosarito Agrela, hija de los Condes de Agrela.

En otros términos aparecen pajes y escuderos que son: el Marqués de Moratalla, Eduardo Travesedo, hijo de los Condes de Maluquer, Agustín Figueroa, hijo de los Condes de Romanones, y Justo San Miguel, hijo de los Marqueses de Cayo del Rey.

El cuadro fué aplaudidísimo.

Parte interesantísima de la brillante fiesta fueron los coros de *La Geisha* y *Los Cuáqueros* y la Canción de Primavera de Saint Saens, *Sansón* y *Dalila*.

Las dificultades de este admirable trozo musical del gran maestro francés, fueron salvadas por la Marquesa de Mohernando con arte insu-

perable. Su voz de timbre delicioso, extensa y manejada con perfecta escuela, venció todas las dificultades y la elegante figura y seductora belleza de la dama dieron mayor relieve al personaje de la Sacerdotisa de Dagone.

El coro formó digno fondo, ejecutando bailes en que el arte de la maestra del Teatro Real, Amalia Monroc, se puso de manifiesto. Imposible parecía que aquellas jóvenes, vestidas con túnicas de gasa, coronadas de rosas y llevando en las manos guirnaldas de flores, llegaran á dominar el baile de la manera que lo hicieron. Los grupos que formaron, evocaban á las veces el recuerdo de las *Silfides*, que nos han dejado imperecedero los artistas rusos.

Las bellas coristas eran: Paloma Montellano, Condesa de la Vega de Reu, Duquesa de Algete, Blanca Castillejo, María Teresa Muguero, Isabel Dato, Fortunata Osma, Carmen Portago, María Rosa San Miguel, Rosa Osma, Carmen Saavedra, María Victoria García Prieto y María Santo Mauro.

El vals de los *Cuáqueros* fué interpretado por la Marquesa de Mohernando con su probada maestría y por Paloma Falcó, que obtuvo un gran triunfo por la gracia y elegancia con que bailó, acompañada por el Conde de la Mejorada, figurando entre las preciosas coristas las señoritas Mildre Caro, María Teresa Amézaga,

Reyne Post, Pepita Santos Suárez, hija de los Marqueses de Monteagudo, Carmen Portago, Angela Martínez Campos, Mercedes Arcos, hija de los Marqueses de Somosancho, Inés y Cristina Travesedo, de los Marqueses de Santa Cristina y de Caballeros, además del Conde de la Mejorada, su hermano el Marqués de Moratalla, Jaime Díez de Rivera, Joaquín Osma, Jaime Martínez del Río, Eduardo Travesedo, Manuel Falcó y Armando y J. Propper.

En *La Geisha* las mismas señoritas hicieron artísticas combinaciones con las sombrillas y los abanicos japoneses.

Como director musical, el maestro Guervós mereció entusiastas aplausos. Quien, como el cronista, le ha visto dirigir los ensayos, puede comprender todo el mérito de su obra.

Tal ha sido, á grandes rasgos descrita, la magnífica fiesta artística celebrada en la noche del miércoles y en la tarde del jueves en la escena del Teatro Español, presenciada por los Reyes, Infantes, Embajadores extranjeros, Presidente del Consejo, Ministros de la Corona, políticos y aristócratas que no tenían sino palabras de elogio para la Marquesa de la Mina y para cuantos la han secundado en esta admirable manifestación de cultura artística.

MONTE-CRISTO



Grupo de figuras de porcelana representado por Blanca Aragón, Casilda Henestrosa, Eulalia Maroto, Inés Travesedo, José Sartorius, Carlos Beistegui, Armando Propper y José Falcó FOTS. CORTÉS

EL "SPORT" HÍPICO EN MADRID



APUNTES DEL NATURAL OBTENIDOS POR RICARDO MARÍN DURANTE UNA DE LAS SESIONES DEL CONCURSO HIPICO CELEBRADO EN MADRID

LAS ROSAS DE LA EMPERATRIZ



ENTRE los papeles que se encontraron en el despacho del académico Enrique Houssaye, después de su muerte, había un acto de comedia dramática titulado *Le dernier jour de Napoléon á la Malmaison*. Sabido es que Houssaye dedicó lo más de su tiempo y lo mejor de su ingenio á resucitar los trágicos años 1814 y 1815 en que el titán cae vencido. Así este manuscrito inédito era para el público francés, tan apasionado de sus escritores, algo sagrado. Discutió la crítica si aquel acto dramático era comienzo ó boceto de una obra teatral de más amplia concepción, aunque más que apunte parecía un cuadro concluido. Aparece allí Napoleón en toda su grandeza humana y unas cuantas palabras suyas nos dan plena idea de lo que era y significaba la Malmaison en aquella Francia, enloquecida de grandezas.

Es el 29 de Junio de 1815. Napoleón ha abdicado en el Príncipe imperial. La Cámara ha aceptado la abdicación, pero ha eludido reconocer al *Aguilucho*. Y ha mandado al Emperador vencido por los aliados que se acercan á París, camino de Cherburgo, para retenerlo aparentemente libre y en realidad prisionero. Napoleón se ha detenido en la Malmaison donde vivía la reina Hortensia. Allí pueden apoderarse de él los prusianos. Al embarcar en Cherburgo se apoderarían de él los ingleses. Son unas horas de inquietud. Luciano Bonaparte, que llega de París, cuenta cómo el pueblo ruje su indignación contra el Gobierno provisional, cómo

muchedumbres de obreros recorren las calles cantando la *Marsellesa* y dando vivas al Emperador, cómo en la plaza de Vendome hubo un momento en que la multitud entera cayó de rodillas ante la columna fundida con el bronce de los cañones enemigos, y unos realistas que se burlaron de aquel acto de fe fueron arrastrados y despedazados sin piedad y, sobre todo, cómo las tropas que iban llegando á París, á pesar del dolor del vencimiento, no creían en la abdicación y esperaban que Bonaparte volviese á aparecer ante ellos, imperativo y sugestivo, arrastrándoles á buscar de nuevo la victoria.

Entre tanto, Napoleón habla con la reina Hortensia.

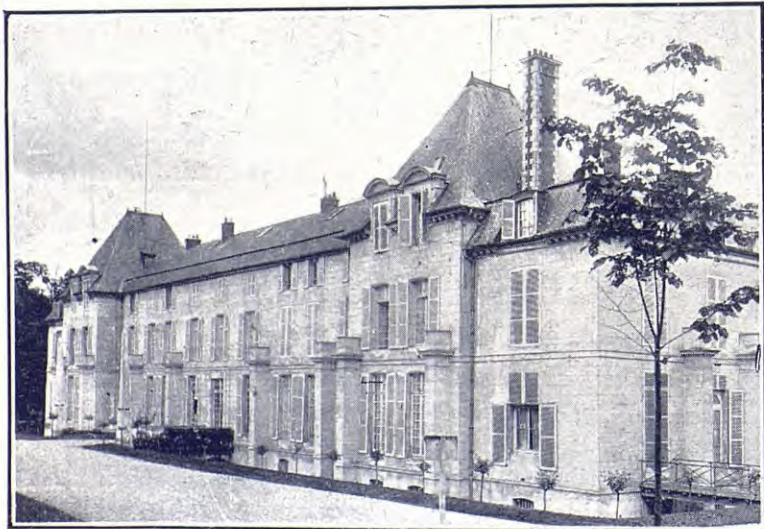
—En la Malmaison—le dice—, olvido el presente para revivir el pasado. Aquí encuentro calma y reposo. Los recuerdos se apoderan de mí y me dominan. Todo aquí me rememora los hermosos años del Consulado, en los que la Fortuna seducida me regalaba de tal modo sus favores, que creí tenerla sujeta para toda la vida. Todo ha cambiado para mí, sin embargo, salvo estos muros, salvo estos muebles y estos cuadros y estos árboles y ese hermoso jardín... ¡Ah, las correrías por esos bosques; las fiestas de noche en el parque! Solo aquí fui verdaderamente dichoso... (Se acerca á una ventana.) ¡Mira, Hortensia, qué rosas!... ¡Aquella pobre Josefina!... ¡Me parece verla salir de una de esas avenidas y coger esas flores, de que tanto gus-

taba!... ¡Era la mujer más llena de espíritu y de gracia que he conocido!... Ayer mandé que abriesen la alcoba donde ella murió y no sé cuanto tiempo permanecí allí evocándola y pensando en ella... ¡Tuve un gran consuelo!

Así hace hablar Houssaye á Napoleón mientras en Leipzig aún empapa la tierra la sangre de vencedores y vencidos y mientras la tormenta que ruje en París extremece al mundo entero. Y en esas tiernas palabras de Napoleón está todo el triste poema de la Malmaison.

¡Un poema de rosas y de lágrimas! En ninguna parte del mundo se ha podido ser más feliz que fueron en aquellos jardines los improvisados dueños de una nación, toda la familia Bonaparte y Josefina, á quienes la Fortuna se rendía, como jamás se había rendido y acariciado á ningún humano. Así, hasta escalar el trono de Francia, como en los tiempos helenos se podía escalar el Olimpo y conquistar los dones de la divinidad. Pero sobre todos los palacios de que dispuso, las Tullerías, Versalles, Fontainebleau, Rambouillet, donde quedaba aún el perfume de las verdaderas reinas que Francia tuvo, Josefina amaba la Malmaison, que había llenado de rosales, haciendo á su gusto un nido para su idilio y su felicidad.

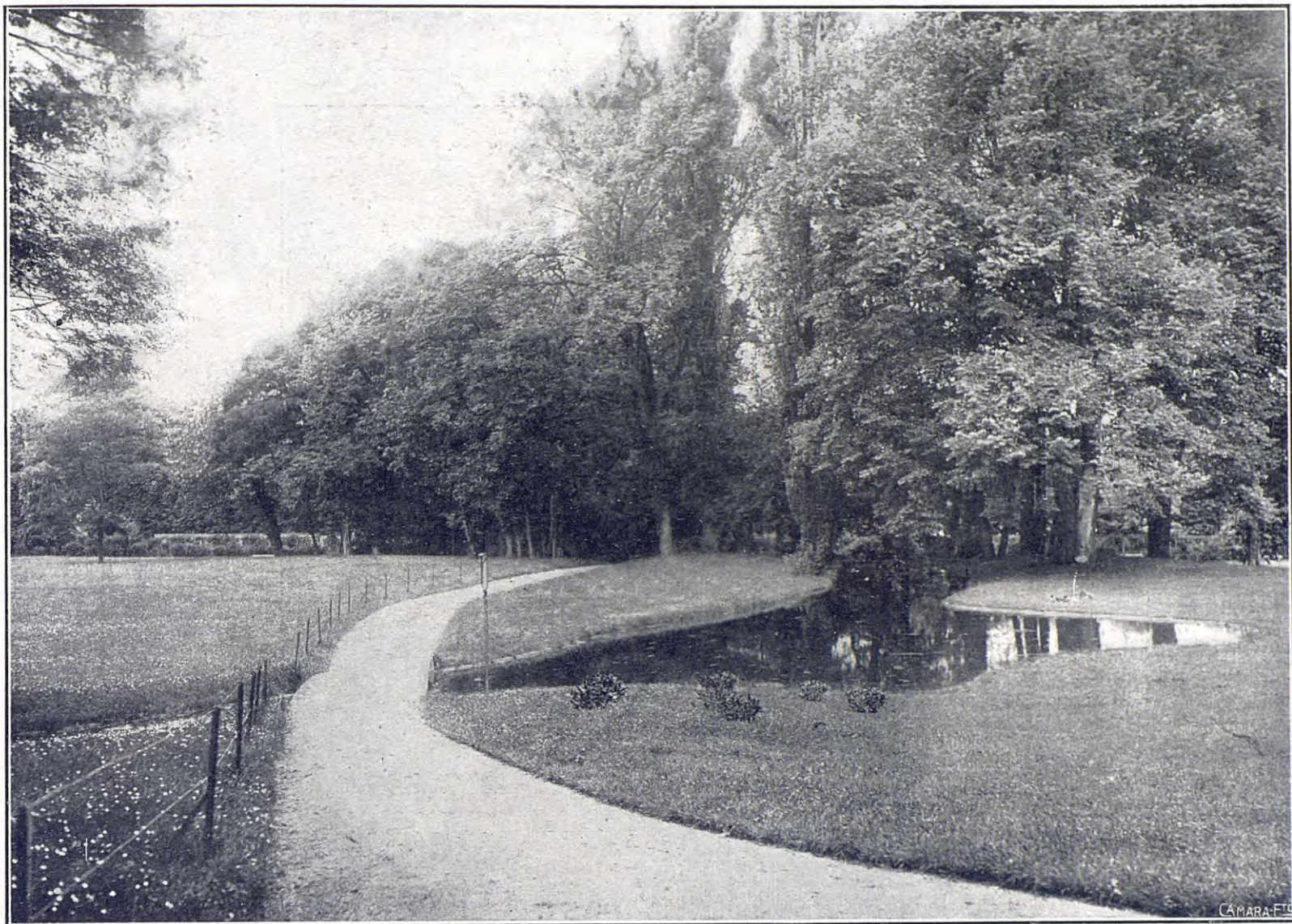
Así, en la hora trágica, en la hora tremenda en que Napoleón le comunicó su propósito de divorciarse para dar á Francia un heredero de su dinastía, Josefina, más que destronada y más que viuda, se retira á la Malmaison á buscar



La Malmaison



Jardines de la Malmaison



Un aspecto de los jardines del Palacio de la Malmaison

consuelo en las avenidas umbrosas, en los rosales llenos de perfume y matizados con todos los colores del iris. Apenas cuatro años duró su vida. Muy cerca estaba el estruendo de París, donde ya hay otra emperatriz que no es ella, donde los sucesos se precipitan, donde nace el heredero esperado, pero donde la adversidad parece haber sustituido á las antiguas complacencias de la Fortuna. Y hay en todo esto como una venganza de Josefina repudiada. Su agonía es cruel, pero todos van agonizando á la par de ella. Cuando ella muere, ya no hay Emperador ni emperatriz, ya Napoleón es el entristecido proscrito de la isla de Elba. Y si todavía parece resurgir el Imperio en una llamada, cuando Napoleón vuelve á las Tullerías, pronto todo ello se deshará, porque le falta el hado feliz que parece pertenecer á Josefina.

¡Oh!, rosas inmortales que plantó Josefina y que parecen poseer su espíritu, como en el Trianón viven y alientan los ecos pastoriles de María Antonieta, ¿qué milagro os conserva? Os alentó y vivificó allá por el año 1854 otra mano gentil de reina dolorida; espíritu latino, que supo ser siciliana y española. También separada de un trono, donde quedaba una niña en manos de tutores empecatados y de azafatas y damas pecadoras. Era la gentil, la hermosa María Cristina, mujer que el pueblo español había admirado y amado y á la que políticos logreros consiguieron arrojar de España.

Las rosas de Josefina fueron testigos de este nuevo amor y de este nuevo dolor.

También parecía que María Cristina llevaba un hado feliz donde ella iba. Alejada de España, también la revolución iba minando el trono de su hija,



La capilla del Palacio de la Malmaison. FOTS. HUGELMANN

que conoció las amarguras del destierro.

Pero, luego, después que los prusianos, cercando á París en 1870, temerosos de que se repitiese un amago afortunado del general Ducrot, se apoderaron de la Malmaison y la profanaron, ¿qué manos misericordiosas han reconstruido las avenidas y han hecho renacer los rosales y resucitado las flores que amó la Emperatriz repudiada y la Reina madre desterrada?

A la entrada del parque un cartel nos advierte que la restauración de los jardines se debe al Instituto.

La ciencia ha entrado allí y en nombre de la Botánica, los sabios de París conservan aquel vivero estupendo donde podrían aprender á saber producir rosas Sofía y Corinto y Esmirna y Sevilla y Valencia y aun la mismísima Jericó. Pero, ¿esto no es una profanación? Porque esos rosales que ahora florecen teniendo amarrado al tronco una cartela con un nombre latino y que parecen esclavos de Buffon y de Linneo, florecían antes evocados y fecundados por el Amor y por el Dolor.

Y dos mujeres, cuya belleza fué famosa y cuyos amores conoció toda Europa; dos almas femeninas que gozaron y padecieron en las más altas cumbres tuvieron con estas rosas confidencias que solo Dios conoció, y escucharon sus sollozos y recibieron, como rocío, las gotas ardientes de sus lágrimas... ¡Divinas reinas de amor..., divinas rosas llenas de perfume!...

Estas rosas de la Malmaison merecen ser cantadas por los poetas, porque guardan entre sus hojas el secreto de dos mujeres que ennoblecieron su nombre por el amor y lo hicieron famoso en la Historia.

MÍNIMO ESPAÑOL

LAS PANTOMIMAS RUSAS

El artístico espectáculo de los «Ballets Russes» ha despertado entre las personas de buen gusto curiosidad é interés creciente.

«El pájaro de fuego» y «Petruschka», de Strawinsky; «Scheherazade» y «Cleopatra», «Thamar» y las danzas de la ópera «El príncipe Igor» ha sido lo más completo que hemos admirado de las pantomimas bailables; en algunas, superior la plástica, la coreografía, el decorado y el vestuario á la música; en otras, como en las dos obras de Strawinsky, la música tiene importancia aceptadas sus tendencias estéticas, reveladoras de un peregrino ingenio y de una atrevida independencia. Strawinsky rompe con toda tradición clásica, alardeando de una libertad sin límites en la construcción de una música de gestos, de ritmos, colorista, descriptiva y hasta onomatopéyica, desarrollada en un ambiente de humorismo musical lleno de novedades de procedimiento del más extraño exotismo, pero á la que no puede negarse cierta originalidad, propiedad realista para interpretar ciertos asuntos impropios de un arte tan subjetivo como la música, y hasta aceptarse con un aspecto muy inferior, desde luego, del arte musical, más decadente que progresivo.

¿Es que para expresar las múltiples facetas del arte, el pintor, escultor, poeta, músico de hoy tiene que inventar nuevas combinaciones de colores, nuevas formas, un léxico especial, nuevas combinaciones de sonidos? ¿No caminaremos en fuerza de extremar la nota de lo raro y de lo pintoresco hacia una estética de lo feo, por separarnos del arte clásico y al querer innovar los medios de expresión retrocedamos hacia un arte elemental y



ADOLFO BOLM

Primer bailarín de la compañía de los «Ballets Russes»

primitivo, convirtiendo la música en una serie de ruidos acústicos?

El danzarín ruso (y Bolm es uno de sus más ilustres representantes) expresa sus sentimientos personales, despertando en el auditorio el sentimiento de la belleza. Con su arte de los movimientos y de las actitudes, nos deleita; el ritmo nos sugiere, y con el torbellino de su incisiva acción, llega hasta emocionarnos.

Comprendemos por imágenes; los sentimientos más íntimos se comunican por medio del gesto, haciendo del cuerpo humano una *escultura viva*, y así, desde la antigüedad más remota, se han representado las costumbres de los pueblos por grupos simbólicos, simulacros, juegos de pasos y figuras expresivas, otras tantas modalidades de la belleza y de la expresión artística. El artista ruso practica el baile en todas sus manifestaciones: la *orquística*, baile noble y sereno; la *esferística*, baile de saltos, y la *evirística*, baile gimnástico; la *quiromanía*, arte de la gesticulación, que con la pantomima y la música (el drama está en la música cuando es algo más que ritmos y sonoridades), hiriendo la vista (*ritmo mudo*) y el oído (*ritmo sonoro*), nos dan la sensación de vida, de multitudes poseídas de diferentes sentimientos y pasiones, la individualidad más perfecta; lo dionisiaco y apolíneo como constante, envuelto en un ambiente de exotismo tumultuoso, de raro encanto ya en forma de rapsodias populares del tipo de las danzas polovtsianas de la ópera de «El príncipe Igor» y de la escena popular rusa «Sol de la noche», tan llenas de color y de vida, ó en otro aspecto el «Carnaval» y «Sífides», de una deliciosa coreografía. Porque el arte del ritmo, el gesto, el conocimiento, el coro bailable con la música, cuando es inspirada (la pantomima, cuando no está ennoblecida con una música bella, es en sí un género híbrido), se funden perfectamente, pues la forma de expresión musical es análoga á la del gesto; por ésto la danza tiene tan alta elevación en la escala de los valores estéticos.

A toda esta visión de belleza con que nos ha cautivado durante unos días la compañía de Diaghilewff contribuye la presentación que todos hemos admirado: el decorado y vestuario vistosos y del mejor gusto en la luz y el color de una policromía maravillosa producen la ilusión, excitando la fantasía, del ensueño poético.

Pero esta hermosa manifestación del arte ruso no sería completa si la interpretación no correspondiera á la belleza del conjunto; y como en la compañía de Diaghilewff todo es equilibrio y armonía, al lado de artistas excelentes, bailarines y mimos de la importancia de la encantadora y delicada Lydia Lopokova, de las hermosas Luvowff Thernicheva, Wasilewska, Sokolowa, Pflanz y Chabelska, del gran Massine, Gavrilow, Zwerew é Idzikowski, figura el extraordinario Adolfo Bolm.

El arte de este ilustre artista es de una fuerza expresiva comparable sólo á la de los grandes actores universales; su sensibilidad y su talento sobresalen cuando interpreta los más opuestos caracteres. El pierrot del «Carnaval» es una creación. Bolm comunica al personaje carnavalesco toda la amargura y espiritualidad. En «Scheherazade», en las danzas de «El príncipe Igor», en «Cleopatra» y en «Petruschka» se distingue como danzarín de mérito (es un virtuoso de este arte) por la fuerza, la gracia y el humor y por sus contorsiones atléticas perfectamente eufónicas. El favorito de Zovéide, el guerrero, Amonn y el negro de las obras citadas, dejan en nosotros un recuerdo imborrable. El público madrileño ha sentido verdadera admiración y simpatía por los artistas rusos.—R. VILLAR



FIGURAS COREOGRÁFICAS



Adolfo Bolm, primer bailarín de la compañía de "Ballets Russes", en "El príncipe Igor"

Aguafuerte del ilustre artista norteamericano Troy Kinney



Vista general de Puebla de Guadalupe.—A la izquierda el Monasterio

El Monasterio de Guadalupe

Es Guadalupe una sierra de la parte S. E. de la provincia de Cáceres, confinante con la de Toledo y no lejos de la de Badajoz. Perteneció a la serie de alturas conocidas con el nombre de cordillera oretana y es divisoria entre el Tajo al N. y el Guadiana al S. Este terreno escabroso lleno de barrancos y bañado por el río Guadalupejo, encierra en sí una de las maravillas más grandes de nuestra España artística y monumental. Me refiero al monasterio de Jerónimos, principal edificio de la comarca y célebre en un tiempo por la venerada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que, según la tradición, fué traída desde Roma á Sevilla por San Leandro y después de la invasión sarracena enterrada en estas montañas, donde permaneció oculta más de seiscientos años, hasta que la encontró un vaquero de Cáceres llamado Gil.

Entonces fué construída una choza donde se le dió culto, hasta que Alfonso XI en una de sus correrías guerreras por aquellos lugares, mandó hacer en el mismo sitio en que la imagen fué descubierta, una capilla, capilla que luego se erigió en monasterio y monasterio que se concedió á los frailes de San Jerónimo de Lupiana.

El Monasterio de Guadalupe como se le llamó desde entonces, se empezó á edificar por el escultor Juan Alfonso y se dice que no pudo terminarlo por haberle sorprendido la muerte, pero sus planos sirvieron para terminar la obra.

El primer prior nombrado por Alfonso XI fué D. Pedro

Barroso que era Cardenal de la Iglesia romana á la sazón.

Los Jerónimos crearon allí una villa linda y productiva. Hospitales, granjas, mercados, colegios, huertas riquísimas; en suma un centro agrícola industrial y artístico.

Es, seguramente, el Monasterio más interesante de la península. El del Escorial, vino á ser más tarde, quizá más suntuoso, pero no le gana en riqueza ornamental ni en belleza, exenta de recargamientos molestos.

Fuó; tuvo su época, época en que de Castilla, Portugal y América ocluían reyes, magnates y

pueblo á postrarse de rodillas ante la Virgen milagrosa de Guadalupe.

El estilo arquitectónico de esta obra de arte, es puro; los más insignes artistas de la época, dice D. Elías Tormo, depositaron allí su genio que había de asombrar á las generaciones sucesivas.

Y en efecto, allí el arte se eleva, se depura. Historiadores notables dejaron en sus escritos información luminosa de este monumento.

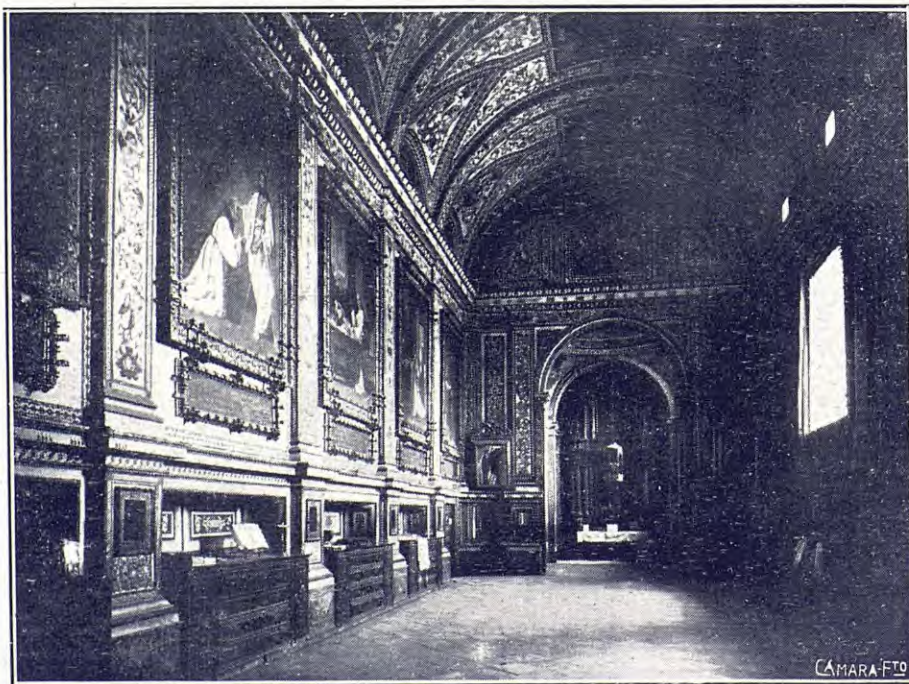
Los padres Rubio y Acemel de la nueva comunidad de Guadalupe, han hecho descubrimientos de gran importancia para las Artes peninsulares.

Recuerdo la primera vez que fuí á Guadalupe, que fatigado del penoso viaje, desesperaba ya de ver el tal monasterio, al que nunca llegaba—entonces no había coches automóviles como hoy—y mi guía me confortaba diciéndome que luego encontraría la compensación; y no me engañó mi acompañante.

Hay allí, además de la historia completa de Europa, un pueblo acogedor y caballeroso á usanza de nuestros hidalgos tiempos, calles pintorescas y naturaleza bella.

Es una visión auténtica del siglo XIV, de aquel siglo XIV en el que España brilló con fulgor de incendio.

Existe en el Monasterio, la más espléndida colección de tejidos y bordados artísticos de España. En vestiduras litúrgicas, hay lo mejor de Europa—así, sin eufemismos—, sus coloraciones son únicas, sus dibujos maravillosos, su riqueza incomparable.



Claustro del Monasterio

Al llegar cerca del Monasterio de Guadalupe, lo primero que os sorprende es la magnitud de la obra con su cerca murada, sus campaniles airosos. Entrando por amplia puerta pronto caéis en la semioscuridad de anchuroso claustro, único en el mundo. Este claustro recibe la luz por espléndidos ventanales que dan á un jardín hermoso, en cuyo centro se eleva, airosa construcción de ladrillo y terra-cotta, cuya construcción se atribuye en detalles al P. Juan de Sevilla, 1405.

El claustro, gótico mudejar, de la botica, se labró también en los años de 1516 á 1524. Entre ambos claustros—es penoso confesarlo—existe el abandono más lamentable, la ruina se ha apoderado de aquellos lugares y espera la voz de la conciencia que con potente frase, reclame una acertada reparación.

La capilla de Santa Ana, lugar de recogimiento y cuya imagen es de una delicadeza exquisita, es otra de las naves de este edificio; de ésta se pasa subiendo, á las tres naves del templo grandioso, crucero amplio y de estilo puro de la época, cuyo crucero lo cortan las cinco soberbias rejas unidas, que según la historia, labraron los dominicos Fray Francisco de Salamanca y Fray Juan de Avila, en los años de 1510 á 1514.

El presbiterio fué reformado en el siglo xvii por los arquitectos *Vergara el Mozo* y Juan Gómez de Mora, así como los sepulcros reales y retablo mayor, que son de una belleza indescribible. Trabajaron en esta obra el escultor *Giraldo de Merlo* ayudado del hijo del *Greco* y de *Semeria* y *Abril* en la cantería, de *Cerezo padre* y *Marín* en la policromía, y los lienzos se atribuyen á *V. Carducho* (el lado del Evangelio) y á *E. Caxés* (el de la epístola).

La Virgen parece de la época románica, aunque no se pueda asegurar por completo por

ciertos detalles que nos hacen dudar de este origen.

El escritorio de Felipe II obra firmada en Roma por *Giovanni Glacín* en 1561 es de una riqueza en bronce embutidos, nada común.

El coro, obra maestra de escultura de talla en gran tamaño, es también otra de las cosas que produce admiración. En el Camarín de la Virgen existen riquezas inenarrables, lienzos de *Lucas Jordán*, crucifijos de ricos metales, etc., etc. En el joyel existe un breviario del Prior, época 1505, un crucifijo de marfil procedente del escritorio de Felipe II, el rostrillo de la Virgen de singular belleza; el relicario de la Cruz, donado por Enrique II; un antifonario del siglo xvi encuadrado en terciopelo con esmaltes y relieves en nácar.

Pero la mayor riqueza, lo que debieran ver todos los bibliófilos y miniaturistas, todos los admiradores del arte en general, es la soberbia colección de libros corales miniados. Difícilmente existirá en parte alguna tan espléndida muestra de nuestro arte miniaturista.

Citar aquí la riqueza de pedrería, de casullas de ternos enteros del siglo xiv y xv, sería tarea pesada para un trabajo de esta índole; pero si diremos de pasada algo de la preciosa dalmática, del terno de la emperatriz Doña Isabel. Está bordada ricamente y dibujada con tal perfección que demuestra que los artífices que la hicieron eran verdaderos prodigios en su difícil arte; se atribuye el bordado á *Pedro López y Cuéllar*, que según dicen tenía talleres en los que trabajaban más de cincuenta personas, número que para la época era de una grandeza extraordinaria.

La sacristía, singular obra de arte castizo español, y la capilla de San Jerónimo, son otras dos habitaciones incomparables.

Allí existen cuadros de gran valor que sin du-

da por no ser muy visitados no han despertado la codicia del extranjero. Trípticos asombrosos, uno de ellos de *Adrián Isebrandt*—según el historiador—, que fué descubierto por el docto profesor de la Universidad Central, D. Elías Tormo. Y tantas y tantas cosas existen en el envidiable Monasterio que fuera preciso un libro para describirlas.

Tiempo es ya de que en España se cuiden nuestros gobiernos de fomentar el turismo, publicando guías que nos den á conocer nuestras riquezas, facilitando los medios de comunicación para acudir á los sitios que, como Guadalupe, encierran un verdadero tesoro; haciendo que en España se hable bien de la patria; divulgando lo que no conocen la mayoría; obligando á que en el extranjero nos respeten por nuestras riquezas, por nuestros monumentos, por nosotros mismos; que no se hable de la España trágica y de toros; que se hable de la patria de los artistas.

Y para ésto no hay más que un medio: darnos á conocer tal cual somos en el fondo de nuestras almas, no como aparecemos al exterior.

Todos estamos obligados á ello; pero la masa directora es la llamada á dar ejemplo, concediendo unos pequeños créditos para la publicación de guías ilustradas—con lo que de notable tenemos—que se podrían repartir gratis por todo el mundo y verán cuán pronto esas pesetas esparcidas fructifican de manera asombrosa, convirtiéndose en miles de duros para nuestra España, y, lo que vale más todavía, que puedan convertirse en admiración, en respeto y en un valor cotizante en todos los mercados de Europa, Asia y América, á lo que somos acreedores por derecho propio.

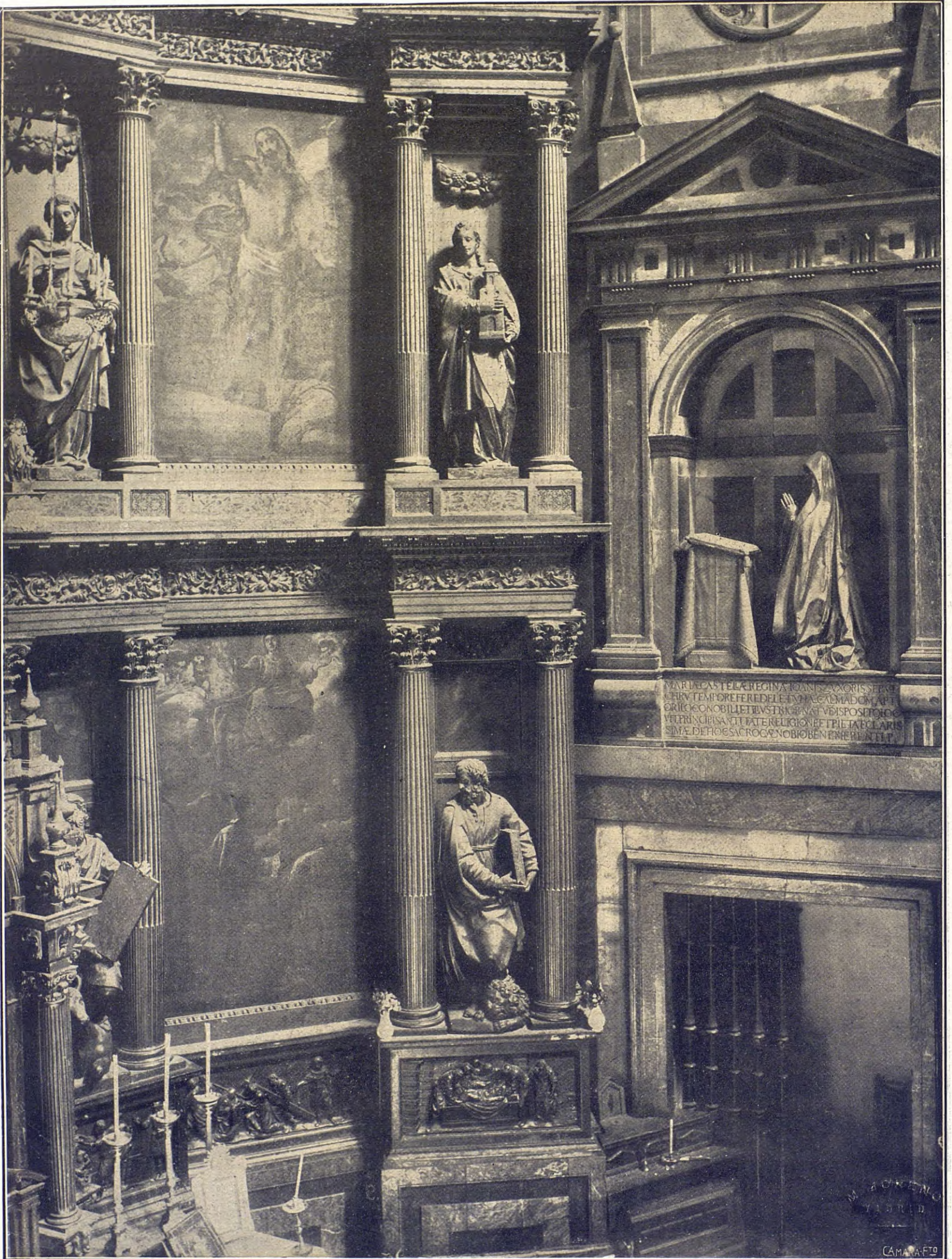
JUAN GÓMEZ RENOVALES



Vista general del claustro grande del Monasterio de Guadalupe

FOTS. MORENO

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



UNO DE LOS ÁNGULOS DEL ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE GUADALUPE, EN EL QUE EXISTEN CUADROS Y ESCULTURAS NOTABILÍSIMAS

FOT. MORENO

LA ESFERA

LOS REYES EN EL HIPÓDROMO



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN LAS CARRERAS DE CABALLOS,
DE MADRID

Fot. Campúa

LA ESFERA
BALADA DE LA MADRE



NO CRIO Á MI HIJO PARA SER SOLDADO

Sonríe el niño dormido
sobre el materno regazo;
tiene los ojos azules,
tiene los bucles dorados.
Parece el Ángel del Lirio
de los místicos retablos;
la vida irá su pureza
poco á poco deshojando.
¡Es un ángel, que mañana
será soldado!

La madre escucha, medrosa,
el piafar de los caballos,
el estruendo de las armas,
las rodelas y los cascos.
Todas las madres del mundo
acarician sollozando
á los ángeles dormidos
en la cuna de sus brazos.
—¡Amor mío, yo no quiero
que seas soldado!

La Muerte es la segadora,
que recolecta estos años;
la espiga que amor granó
la guerra la está segando.
Todas las madres del mundo
pasan los días llorando,
tristes Madres Dolorosas,
con el pecho atravesado.
—¡Mi hijo está en lejanas tierras,
siendo soldado!

Todas las madres son santas;
en sus rostros venerandos
tienen la corona de oro
de los místicos retablos.
Y mientras ruge la Guerra,
se oye el grito sobrehumano
de su pecho, por los siete
puñales atravesado:
—¡Yo no amamenté á mi hijo
para que fuese soldado!

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN RABINO, cuadro de Lino Casimiro Iborra



ARTISTAS
CONTEMPORÁNEOS

LINO CASIMIRO IBORRA



"La salida del redil", cuadro de Lino Casimiro Iborra, premiado con segunda medalla

Es un viejecito simpático, de dulce mirada y palabras lentas. Muestra una afabilidad contagiosa. Va y viene por su estudio con una melancólica tristeza que comprendimos después de saber la tragedia de su vida.

Parece una página de literatura romántica. Este viejecito que pinta corderos y hombres rudos, ásperos en todo el feroz primitivismo de sus tierras del Norte, tuvo un hijo poeta.

Era el hijo único y soñaba en él Iborra hazañas audaces y resplandores áureos de dominio. Acaso porque este pintor ama su arte humilde y tranquilo y acaso porque dió á su vida un rumbo de austeridad y de quietismo, concibió para el hijo otros rumbos más sonoros y más ubérrimos de alegría.

Pero este hijo, enfermo de ese pesimismo de la adolescencia que ha inquietado tanto á los frenópatas y á los psicólogos, un martes de Carnaval se vistió de pierrot—un pierrot blanco con botones y cintas negras—se alejó del bullicio cortesano y en la calma silenciosa de la Moncloa se pegó un tiro...

Mientras veíamos ir y venir por el estudio al viejecito del cuerpo exiguo y los cabellos blancos y el mirar dulce, pensábamos en esta tragedia que le enlutó para siempre y le hizo refugiarse más ansioso de belleza que nunca, en el arte.

Lino Casimiro Iborra nació en Santoña, (provincia de Santander) y desde mozo cautivó la pintura. Trasladada su familia á Madrid siguió sus estudios en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado.

Sus lienzos son inconfundibles y característicos. Consagrado á la especialidad animalista, Iborra ha pintado siempre las



D. LINO CASIMIRO IBORRA

agrupaciones cálidas é inquietas de los rebaños. Toda la bucólica poesía de los crepúsculos cuando descienden lomas y acampan en valles los borregos seguidos de la cenicienta silueta del pastor y dirigidos por el mastín de ojos brasa y erizados pelos ha tentado en muchas ocasiones la inspiración del notable pintor santanderino.

Casi todas sus recompensas han sido conseguidas con cuadros de este género, representando rediles, apriscos, majadas ó escenas en que intervinieran carneros y borregos.

En las Nacionales de 1906 y 1908 sus cuadros *El rebaño* y *La salida del redil*, obtenían tercera y segunda medalla respectivamente.

Además de estas recompensas, posee, por cuadros de parecido asunto, tercera medalla en 1899, consideración y honores de tercera medalla en 1901 y en la Exposición de Arte Decorativo de 1913, un diploma de medalla de primera clase por méritos de Enseñanza como profesor que es de la Escuela de Artes é Industrias de esta Corte.

No se crea, sin embargo, que el notable artista ha pintado solamente cuadros del género de los que le han dado reputación.

En su lista de obras figuran lienzos donde ha presidido la elección de asuntos históricos ó contemporáneos como *Raquel*, *El Angelus*, *Judas vendiendo á Jesús*, *La fiesta de la vendimia en Roma*, *Una boda en los Pirineos* y *Un viático en Laredo*.

Como decorador de altos vuelos, ha pintado *paneaus* en la casa Vinícola de Iturrigagoitia en Haro y la escalera del Palacio de Talledo en Ampuero.

Iborra se propone hacer una exposición de sus obras.

S. L.



"¡Ahora será ella!", cuadro de Iborra, existente en el Museo de Arte Moderno

MOMENTOS HISTÓRICOS

CÓMO MUERE UN TIRANO

26 Junio 1541

SIEMPRE se dijo que esta España hidalga que es patria nuestra, fué tierra fértil de pícaros y aventureros (redundancia donosa á fe mía), y de una y otra especie dió en toda edad ejemplares muy famosos que andan á todo su talante y satisfacción por los campos de la Fama.

Vean aquí que ahora llegase como de molde Francisco Pizarro, pilluelo de playa en los años de su mocedad y doctor de grandes bellequerías durante todo el curso de su vivir.

Fué arrojado y diestro, tuvo voluntad y ambición desmedida por el medro y regalo de su persona, y cada una de estas virtudes del alma fuéronle sólido y empujado escalón que ascendieronle á la cima de su encumbramiento y á la cruz de su mala muerte.

Dió en Indias con aquella gavilla de su caña que acompañó á Ojedo en su expedición á Tierra Firme, y al malventurado Núñez de Balboa en el arriesgado paso del istmo de Darien.

Trujillo fué su patria y cierto que no lo desmentía, antes la honraba, pues toda la rudeza y sequedad de la Extremadura llevaba bien esparcida en la masa de la sangre.

Tales cualidades diéronle presto la banda de alférez y de allí á poco la de capitán.

Como en aquellos tiempos no disfrutaba la milicia de la disciplina que ahora, pues cada soldado llevaba en sí un conquistador, cada cual campaba por sus respetos en teniendo fibra para emanciparse. Así, pues, Pizarro, Diego de Almagro y el vicario Fernando de Luque, tomaron por su cuenta y riesgo el dar al Emperador más tierras allende los mares...

De aquí vino la conquista del Perú. Hecho famoso, cuya crónica siquier sea sucintamente no cabe en esta breve relación, que sólo tiene por objeto el recordar cómo feneció aquel que, siendo un gran caudillo, nunca dejó de ser un redomado rufián.

El eco de sus pasos en las aulas gallofas repercutió al través de toda su vida, así como suele acontecer si se da una gran voz en un claustro, retumba luego en todo el edificio.

Valióse primeramente del apoyo de todos cuantos le eran útiles, y así de como iba realizando sus sueños apartábase y deshacía dellos como bien podía...

Lo lamentable en aquellos hechos famosos con los que iba aumentándose el poderío de España era que las más de las veces derramábase la sangre por ambiciones y egoísmos particulares, como acontecía con las luchas intestinas entre Pizarro y Almagro. Pero esto, después de todo, ¿qué podía importarle al Emperador, si con el quinto que recibía de las riquezas arre-



FRANCISCO PIZARRO
(De una estampa antigua)

batadas á los naturales, atiborraba sus arcas? Que Pizarro fuese desleal y traidor á Almagro, á quien debíale cuanto era, y que sin respeto á sus setenta y siete años le haga prisionero y mande cortar la cabeza, no puede conmover á un hombre como el César, que era la flor del egoísmo, cuando las mismas naves que le traían noticia de este mal suceso, acaso venían repletas de oro.

Pero sobre aquella injusticia alzóse la protesta de muchos.

De la amistad del caudillo, que en las batallas era grande y en las intrigas rastrero, desertaron muchos y el griterío de sus quejas se alzó tanto, que cruzó los mares y llegó hasta el mismo soberano, que no tuvo más remedio que alzar la cabeza para escucharlas.

Fernando Pizarro, embajador de su hermano para responder de las acusaciones ante el trono, fué preso en el mismo Alcázar y trasladado después al Castillo de la Mota, en Medina del Campo.

En calidad de comisario regio envióse al Perú á Vaca de Castro, hombre de bien é hidalgo de acrisolada honradez, con facultades absolutas para poner en otras manos aquel gobierno, si lo

estímase conveniente, y con la comisión de residenciar la conducta del tiranuelo que continuaba gobernando á su capricho, y distribuyendo entre sus deudos é incondicionales las tierras mejores.

ooo

Pero he aquí que cuando llegó su señoría ya no pudo hacer cosa de provecho. Los levantiscos habíanle ganado por la mano.

Juan de la Rada, oficial que estuvo á las órdenes de Almagro, y luego de su muerte quedó muy camarada de un su hijo, sin dejar el servicio de Pizarro, fué el alma de la conspiración.

Fiado el caudillo en su bárbara máxima: «el poder que tengo para cortar las cabezas de los demás garantiza la mía», no daba crédito alguno á los avisos que solía recibir, advirtiéndole el riesgo en que estaba. Por otra parte el dicho oficial había logrado captarse el afecto del gobernador, y así, si algún recelo pudiera abrigar, presto sabía desvanecerle como la sal en el agua.

Diz que entre los avisos habíales tan bien documentados de certeza, que señalaban el día en que habría de acaecer el desastre, pero Pizarro no curaba desto; mostraba la confianza de su poder, y la única precaución que tomó aquel 26 de Junio, que fué el postrero de su vida, fué no salir á la calle, oyendo la misa, por ser domingo, en la capilla de su palacio, comiendo después á la hora de costumbre con los oficiales que tenía convidados.

Y este fué el momento que aprovechó el intrépido Rada, para hacer estallar la conjuración.

Tal era el odio contra Pizarro, que las gentes pacíficas veían pasar á los que iban á ser verdugos del gobernador, comentándolo como si se tratase de la cosa más sencilla y necesaria para el bien de la República.

Así de como los palaciegos miraron el peligro en que estaban, abandonaron á su excelencia, dejándole sólo con un hermano y dos pajes.

No le dió tiempo sino á empuñar bravamente una espada y á embrázarse un escudo.

Pero la lucha era harto desigual y más desesperada que provechosa.

Su hermano yacía en tierra derribado al primero embite; poco después una certera estocada en el cuello acabó con la vida del caudillo que fué héroe y fué rufián y fué tirano.

ooo

Destá mala manera finó aquel hombre maravilloso que con su valor arrojado y talento natural, pues que ni aun poner su nombre sabía, aumentó con tierras y caudales de Indias la corona de España...

Sea su ánima donde más le convenga...

DIEGO SAN JOSÉ

DE NORTE A SUR

La voz en la sombra

Temblorosa de melancolía, hinchada de sollozos, como tendida á ras del suelo, primero; imprecadora, cálida, en modulaciones desgarradoras, como alzándose en la siniestra y ondulante protesta de un negro pendón de motín después, la voz del tenor célebre cantaba el lamento de Samsón en la ópera *Samsón y Dalila*.

Es el instante en que se siente indefenso y hundido en la eterna obscuridad. Las melenas, que tenían el secreto de su fuerza, fueron cortadas; las pupilas, que conservaban todavía el recuerdo visual de la amada con la voluptuosidad sonriente sobre los labios y odio agazapado en el corazón, le fueron arrancadas.

Súbitamente débil como un niño, entregado á la voluntad ajena por su ceguera, podrá el israelita recobrar con sus cabellos la fuerza perdida; pero ya nunca verá más la luz, ni tendrá para sus amarguras el consuelo de las celísticas crepusculares, ni podrá arrancarle la verdad al amor que miente en la boca de una mujer, preguntando con la mirada á la otra mirada encendida por los internos resplandores.

Hay en la voz poderosa y acariciadora del tenor toda la angustia de la ceguera. Busca el cobijo de los corazones y envuelve las almas en pechos helados que las estremecen.

Y no canta como otras veces desde los escenarios enormes para un público de fraques irreprochables y de senos desnudos, salpicados por las fulguraciones de costosas gemas; no le ha producido su canto esta vez miles de pesetas como en esas noches de las grandes óperas de todo el mundo...

Canta para una sola mujer, lejos de las baterías eléctricas y los gemelos codiciosos de las abonadas. Canta dulcemente, vibrante de contenida emoción porque su voz, que habla de la eterna sombra, va á caer en otra sombra eterna. Y más aún. Esta mujer, que no puede verle, tampoco puede oírle. Vive obscuridades y silencios que nada ni nadie puede interrumpir...

Es Elena Keller, la ciega y sorda, que también fué muda.

Su sensibilidad se ha refugiado en los dedos. Sus dedos «ven», sus dedos «oyen», sus dedos, en otro tiempo más infortunado aún, «hablaron».

Y así, colocandó sus dedos sobre los labios y la garganta de Caruso, Elena Keller ha sentido cantar. Y cuando los labios quedaron inmóviles y en la garganta se extinguía la vibración postrera, los ojos ciegos, sus ojos para madrigal y para éxtasis, estos ojos azules en que el ensueño substituye á la visión, estaban llenos de lágrimas, y Elena exclamó con su voz un poco inarmónica: «¡Wonderful! ¡Wonderful!»

No; lo verdaderamente maravilloso es la vida de esta yanqui excepcional que, sorda, muda y ciega, condenada á una inconsciencia absoluta, á la inercia terrible de cosa, habiendo nacido ser humano, ha sabido luchar frente á los anankés conjurados contra ella y vencerlos.

Da la sensación extraña de que en su miseria física se alberga el espíritu de un dios todopoderoso. ¿Qué importa la muerte de sus ojos, el destructible silencio que la envuelve? Avanza como una heroína de cuento brujo escrito por Wells hacia senderos de luz y hacia armonías y melo-

días sobrehumanas. Posee varios idiomas; sus conocimientos literarios y científicos sobrepasan el nivel medio de un hombre culto; visita los museos; ama la vida del campo, monta á caballo y en bicicleta, rema, se hunde en el mar y nada en competencia con hábiles nadadores...

Y escribe libros. Su vocación literaria se manifestó bien pronto. A los doce años, cuando todavía triplicaba su desgracia la mudez, escribió un cuentecito titulado *El rey Frimas*, que se publicó en el boletín del Instituto Perkins para niños ciegos. Fué acusada de plagio por este cuento. Se parecía demasiado á *Las hadas Frimas*, de miss Margarita Camby; pero Elena Keller no realizó el plagio conscientemente.

ginalis la abnegación sublime de miss Sullivan ligando para siempre sus despiertos sentidos á los otros muertos para siempre? Años y años marcharon juntas, siempre juntas, la mujer perfecta y la niña de las interiores deformidades. Vió crecer miss Sullivan á miss Keller, cambiarse sus infantiles líneas en las otras pomposas y vernaes de la juventud y en las matroniles de la madurez. Conserva siempre en su espíritu miss Keller la idea de una miss Sullivan inmortal é incambiable... Incluso no quiere leer la vejez del hada madrina en el rostro ya rugoso como lee la gracia de Venus, la nobleza de Homero, la austeridad de Séneca en los mármóreos rasgos de los bustos clásicos.



Elena Keller, ciega y sorda, «oyendo» cantar á Caruso

FOT. UNDERWOOD

En su obra *Historia de mi vida* consagra Elena Keller algunas páginas á este incidente. Desde muy niña tuvo el lógico orgullo de su sinceridad literaria.

Elena Keller nació en Tuscumbia (América del Norte) el 27 de Junio de 1880. Entre sus antepasados suizos figura el primero de los profesores de sordos mudos de Zurich, que escribió una obra para la instrucción de esta clase de niños anormales.

Elena Keller mostró desde muy pronto una inteligencia privilegiada. A los seis meses ya pronunció las primeras palabras y poco después de cumplir año y medio una congestión cerebral estomacal la hundió en la inconsciencia. Ya no volvió á ver ni á oír. En cuanto á recobrar la palabra tardó catorce años, y fué gracias á los esfuerzos de la señora Lamson, que había realizado antes el humano milagro en otras dos sordos mudas y ciegas como Elena: la yanqui Laura Brigdman y la noruega Ranghild Kaata.

Sin embargo, la libertadora, la reveladora del espíritu esclavizado por el silencio y la obscuridad de Elena Keller, ha sido miss Ana Mansfield Sullivan.

Hay en la *Historia de mi vida* un fervor íntimo y profundo para la escultora de almas. ¿Ima-

Nada puede enseñarle miss Sullivan á ella que sabe tanto; pero miss Sullivan, en los momentos de ensimismamiento de miss Keller, sí podría pensar entristecida en que esta mujer excepcional todavía no ha encontrado la respuesta á una pregunta—«¿Qué es el amor?»—de los días preconscientes de la infancia.

«Las manos que toco tienen para mí un mudo lenguaje. Hay manos impertinentes y otras tan incapaces de alegría que, al contacto de sus dedos, creía rozada mi mano por los vientos polares. Por el contrario, hay otras manos que parecen tener preso el sol y cuando os estrechan la mano caldean vuestro corazón. Tan puras alegrías recibo en un cordial apretón de manos como en la cariñosa carta de un amigo.»

Mas, ¡ay!, que ninguna de estas manos tembló de amor en las de Elena Keller. Sintió la ternura, la compasión, pero no esa íntima fusión del pensamiento que es en el hombre fuerte audacia y en la mujer languidez suave.

Porque la belleza de Elena Keller nace de su luz interior y los ojos de la carne son ciegos para «el silencio, que—según Maeterlinck—es el sol á cuyo calor maduran los frutos del alma»

José FRANCÉS

